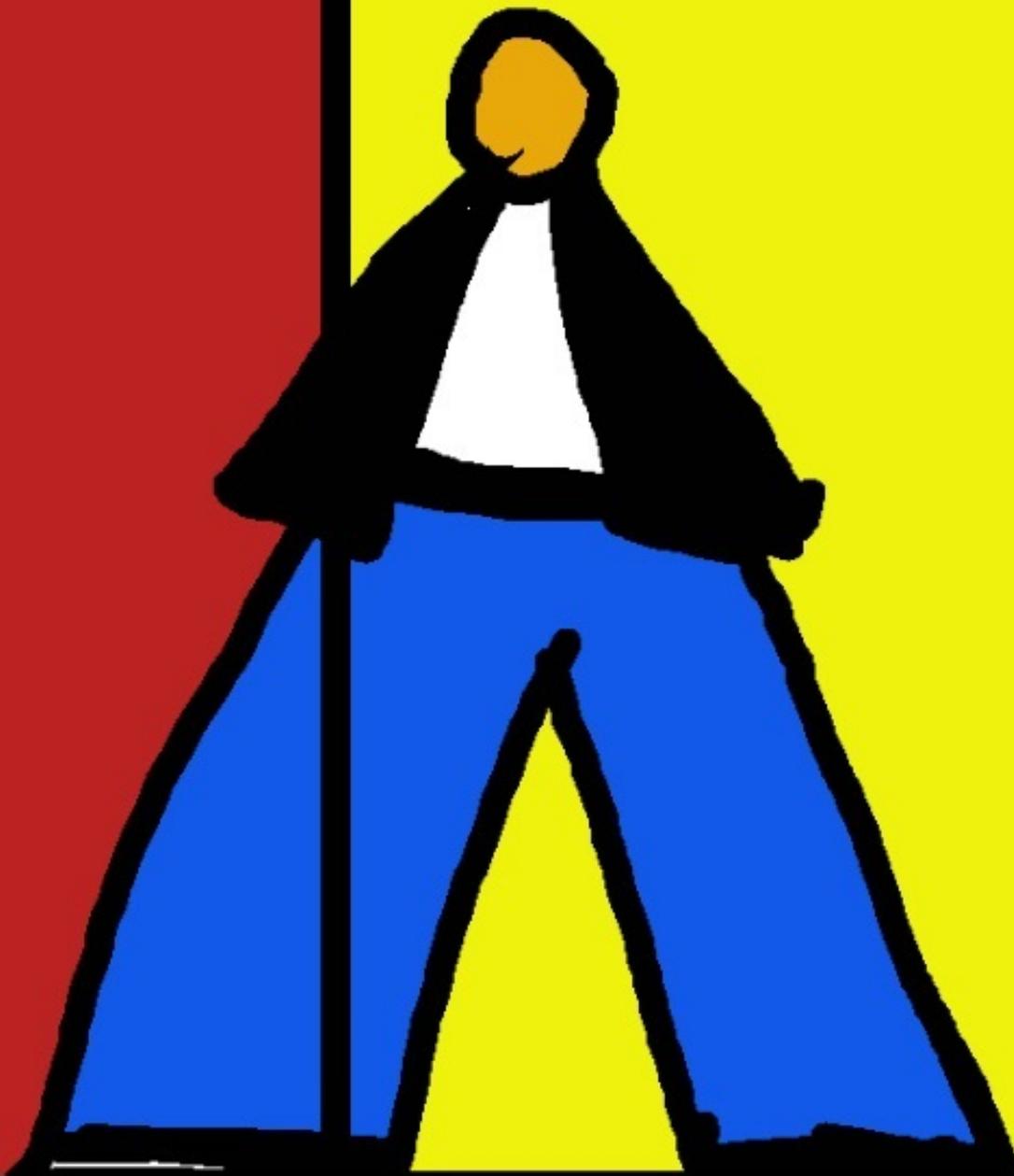


Pequeño Demonio

Ivo Herrera Ávila

# PEQUEÑO DEMONIO



# Capítulo 1

## PEQUEÑO DEMONIO

A diferencia de los críos que viven en ciudades grandes, donde deben viajar en furgones escolares o ser llevados por sus padres peleando contra eternos tacos entre buses y colectivos, en el pueblo de Quillota hay distancias que pueden recorrerse a pie y en pocos minutos de forma segura. Una de ellas es la que existe entre la escuela "República de México" y la casa del pequeño Manolo.

Manuel para los profesores. Manolito para su mamá. Pequeño demonio, para su padrastro. Los diferentes seudónimos hacen que el niño se relacione de las mismas diferentes formas con el mundo de los adultos, justo en esa edad previa a la adolescencia. Manolo – Manuel – Manolito, deambula por la vida descubriendo la realidad que lo rodea con la ansiedad de un investigador privado. Desde que aprendió a leer y descubrir los secretos que esconden los números y las letras, el hijo de la guapa señorita Mercedes (Alguna vez la soltera más cotizada de la población) inició una gran capacidad de contemplación de las personas, los animales y las cosas. El niño de diez años cruza corriendo la calle por el paso de cebra justo una cuadra antes de llegar a su casa. Al pararse frente a la puerta de la reja del jardín de su casa, algo llama su atención, poniéndose en alerta.

La moto de su padrastro está estacionada en la calle, algo extraño e inusual. El vehículo siempre se guarda en el jardín obligando a mantener la reja cerrada con llave, así en las noches se entra por el portón lateral con el cuidado suficiente para que no se la roben. La joyita es como una extensión de la pareja de la madre de Manuel. La cuida tanto como si fuera una hija para él. Incluso Manolo siente que la quiere más que a él mismo como su hijastro. Abre la reja y en un principio piensa en acomodar la moto dentro del jardín, pero recuerda que es una máquina muy pesada y que todavía no tiene la fuerza suficiente para moverla. Se apresta a golpear la puerta cuando esta se abre sin previo aviso.

Su padrastro, un hombre alto de rostro lampiño y cabeza afeitada, lleva puesta solo una camiseta blanca sin mangas. Se está secando las manos con un trapo de la cocina y mira al niño con un gesto de sorpresa bajo el marco de la entrada. El niño lo mira bajando la cabeza y levantando la vista. Aunque no es una fuente de cariño ni de palabras amables, Manolo reconoce en su padrastro a una persona buena, preocupada por su bienestar y que hace feliz a su mamá. A ratos, al menos.

—¿Ya saliste de clases? ¿No sales a las cinco?

—Hoy es viernes, salgo a las tres.

Manolo siente la mano dura de su padrastro que lo toma del hombro y lo hace entrar rápidamente a la casa. El hombre camina casi trotando hacia la cocina sin mirar al niño, hasta que abre la llave del agua del lavaplatos y empieza a estrujar otro paño que está humedecido dentro de una fuente de plástico.

—¿Ya almorzaste? —pregunta el adulto, concentrado en su tarea.

—Sí, en el colegio ¿Por qué estás aquí?

Niños. Preguntan sin vergüenza y no entienden de situaciones ni circunstancias. Para Manolo lo importante es saber por qué su padrastro está en la casa a esa hora y con la moto casi botada en la calle, sin reparar en que el hombre tiene una evidente urgencia de terminar lo que está haciendo.

—Tuve un problema en el trabajo y vine para solucionarlo—responde el padrastro, concentrado en restregar el paño mojado en el lavamanos.

—¿Y mi mamá?

—No está tu mamá—el hombre levanta un poco la voz, ya empezando a hastiarse por la presencia del niño en la casa—. Ella llega más tarde, tú sabes eso.

—¿Y la tía Nancy? —Manolo pregunta por la vecina que usualmente espera por él, o en esa casa o en la suya, unos metros más lejos por el lado derecho de la población.

El padrastro se detiene apoyando las manos mojadas sobre el trapo dentro del lavatorio de plástico. Se queda unos segundos en silencio y después observa al niño. Habla acentuando cada palabra.

—No va a venir la tía Nancy. Estoy yo en la casa, no es necesario que venga.

—¿Y te vas a quedar?

Para Manolo lo que importa es entender lo que pasa, la emoción de su padrastro es un ingrediente más del cuadro que quiere resolver en su cabeza.

—Voy a salir en un rato. Pero tu madre llegará después así que no hay

que molestar a la vecina ¿No quieres comer nada?

—No, gracias.

—Entonces—el padrastro señala hacia la derecha de Manolo apuntando al pasillo—. Por favor. Ándate a tu pieza.

Preguntas son preguntas y órdenes son órdenes. Manolo capta bien el mensaje y sin más titubeos, dobla a su derecha para caminar por el pasillo que lo lleva a su pieza. Cuadrada, de murallas altas al igual que la casa donde vive, con pósters de series animadas y una ventana que da hacia el patio de atrás. Cerrando la puerta de la pieza, deja su mochila en el suelo y se lanza sobre la cama con los brazos y las piernas abiertas; uno de los ritos que más disfruta hacer durante el día, sentir el descanso de sus extremidades que se habían agotado antes que él mismo se diera cuenta. Inquieto, se da vuelta pensando en la moto en la calle y si será necesario decirle a su padrastro que recuerde que la dejó afuera con todo el riesgo que eso implica. Si se la roban, se va a poner triste, después se va a enojar y va a terminar dando gritos por todos lados como usualmente hace. Pero también considera haberlo visto muy apurado y que está intentando salir rápido del lugar.

Motivado por querer ayudar, Manolo se levanta de la cama y entra a la pieza de su madre y su padrastro para poder vigilar la moto por la ventana que da hacia el jardín. Desde el pasillo siente algunas cosas caer al suelo aun con el agua del lavaplatos corriendo. Se queda contemplando entre las cortinas, abriéndolas de par en par para que sea evidente que está mirando el vehículo de dos ruedas y así, en caso de que alguien se acerque a robarla, sepa que la moto está vigilada.

En un momento, Manolo reacciona ante un cambio imperceptible que descubre en la pieza de su mamá, relacionándolo con lo que ocurre en ese momento en la casa. Se da vuelta mirando sobre la cama matrimonial, que siempre está llena de ropa encima, pero esta vez encuentra una maleta abierta con mucha ropa desordenada de su padrastro. A su vez, se percata que el agua ha dejado de correr y que no se oyen ni ruidos de platos ni pasos desde la cocina.

En este momento, a la memoria del niño llegan recuerdos que tenía clasificados en alguna parte de su cabeza. Los chistes que le hacían sus compañeros del colegio sobre el novio de su madre. "Tiene pinta de asesino", "Se parece a Bruce Willis", además de las últimas discusiones que habían tenido entre ellos durante la noche, cuando se suponía que él ya se había dormido. Frases como, "Tengo que hacerlo, no hay otra forma", "Cuídate" "A ustedes no les va a pasar nada." Palabras que ante el contexto del presente que Manolo experimenta dentro de su casa, toman

un matiz diferente. Grave. Peligroso.

Entrecerrando los párpados, el niño toma la ropa de su padrastro. Son chalecos, guantes, bufandas, calzoncillos largos, camisetas. Algunas dentro de la maleta y otras dobladas y ordenadas encima de la cama sin hacer ¿Por qué está sacando la ropa de invierno, si en Quillota hay un verano de calor intenso? La gente había empezado a salir nuevamente a la calle después de la pandemia que había obligado al encierro entre el otoño y la primavera. No había motivo para estar ordenando y sacando ese tipo de ropa del estante ¿Está preparándose para un viaje?

El silencio en la cocina provoca otra pregunta en la cabeza ingenua y, a cada momento, menos nublada del niño de diez años.

¿Qué está limpiando en la cocina? ¿Por qué en la cocina y no en el baño? ¿Qué color tenía el trapo que está limpiando? ¿Por qué lo limpia apurado?

De improviso, Manolo siente un mareo que lo obliga a apoyar su mano en el picaporte de la puerta de la pieza de su madre, mientras con la boca abierta vuelve a observar la ropa de invierno que su padrastro ha desparramado por la pieza. Entendiendo la situación, cruza en silencio el pasillo para regresar a su habitación, cerrando la puerta con cuidado.

Su padrastro está apurado. Lavando las pruebas de algún crimen. El trapo era rojo, quizás por las manchas de sangre. Pasa algo tan grave, que ha dejado la moto en la calle para poder terminar de borrar la evidencia y así salir hacia la costa a tomar algún bus o un avión para desaparecer. Y no le ha contado a su madre. A nadie. Obvio, por eso se enojó con él. Por inoportuno, por llegar en un momento que no debía. Su padrastro va huir de la casa dejando a su madre en la lista de sospechosos de un caso criminal. En este momento ha terminado su trabajo en la cocina y en cualquier momento irá a su pieza a buscar la maleta para irse y dejarlo solo en la casa.

Manolo ha armado todo el cuadro dentro de su cabeza. Espantado, mientras sigue elucubrando su interpretación de las cosas, lleva su vista al patio y fija sus ojos negros en un objeto sobre el pavimento trizado que surge entre la maleza del suelo. Una bolsa de basura, mediana, negra, amarrada en su punta, lejos del tarro de plástico donde dejan las bolsas llenas que sacan de la casa. En ese preciso instante, su padrastro sale al patio y toma la bolsa, mirando hacia las panderetas del patio de forma sospechosa, con una clara intención de no ser visto, pero él lo observa desde dentro de su pieza mientras se dirige a la puerta de la cocina que conecta con la parte trasera de la casa. El niño se queda perplejo.

Estando aun en su pieza, Manolo vuelve a pensar en las circunstancias de todo lo que ha pasado. Su padrastro se irá, su madre quedará sola en la casa. Él será separado de su familia. Terminará sus días en un centro de

reclusión para menores de edad. Lo ha visto en las noticias. Los niños entran para morir ahí.

Debe evitar que eso pase.

El niño toma aire inflando sus pulmones, su pecho, sus hombros, levantando un poco los brazos. Exhala el aire en un sonido agudo que le raspa las fosas nasales y abre la puerta para ir a encarar a su padrastro. Las cosas no tienen que ser así. No tienen por qué terminar así. No quiere que su madre sufra por lo que ese hombre está haciendo, tampoco quiere que él deba irse solo, escapando del castigo por el crimen que está tratando de ocultar.

Llegando a la puerta de la cocina, Manolo se planta con los dos pies bien firmes pegados al suelo, con las manos empuñadas, las piernas duras, los glúteos apretados y el cuello tieso para enfrentar a ese hombre que ante él tenía aspecto de máquina, de robot, de piedra sin sentimientos.

—¡Te voy a ayudar!

Manolo se asombra de la frase que ha salido de su boca. Los ojos se le abren como huevos fritos frente a su padrastro. Sí. Sí. Dijo que iba a ayudarlo.

—¿En serio? —pregunta el adulto, con la bolsa de basura en una mano y el trapo de secar la cocina en la otra— ¿Me vas a ayudar y no le vas a contar a nadie?

—No—responde Manolo, bajando la voz a un tono más grave. Intentándolo, al menos—. Mi mamá tiene que saber de esto.

—No. Tu mamá no puede saberlo.

—¡Yo le voy a decir a mi mamá!

—¡No! —el padrastro grita fuerte, seco, enojado. Todo en él dando prueba de que Manolo tiene razón— ¡Tu madre no se puede enterar y tú no se lo vas a decir! ¿Entendiste?

Hombre adulto y niño de diez años. Se quedan en silencio frente a frente. El mayor, apurado con las manos ocupadas. El menor, descubriendo una historia oculta que ocurre frente a sus narices.

El padrastro entrecierra sus ojos, arrugando las cejas y bajando un poco el mentón para hablarle al niño de la casa en un tono más conciliador. Espera unos segundos, tratando de leer lo que el niño está pensando en

su cabeza.

—¿Qué crees que está pasando, Manolito?

El niño abre aún más sus tiernos ojos achinados. Le ha llamado Manolito. Jamás en la vida le había llamado de esa forma. Incluso cuando él era chistoso o algo tierno, su padrastro lo llamaba "pequeño demonio". Es evidente que el hombre está asustado.

—¿Qué hiciste, papá? —El niño contraataca respondiéndole de la forma en que él jamás le ha hablado a la pareja de su madre. Le ha dicho "papá". Siempre lo ha tratado como "señor".

El padrastro vuelve a quedarse en silencio, sorprendido por la respuesta del niño. Parecen un par de pistoleros en una película spaghetti western, una pareja de campeones mundiales de ajedrez definiendo al mejor jugador de la historia.

Después de otros breves y eternos instantes de estudiosa observación, el hombre calvo y alto se encucilla delante del niño, mostrándole la bolsa de basura y el trapo en la mano.

—Mira, Manolo. En la bolsa llevo una chaqueta de cuero de tu mamá, una de sus favoritas ¿Te acuerdas de esa chaqueta negra con tachas plateadas en los hombros y en el cuello con la que salía en moto conmigo?

El niño baja el mentón, tratando de recordar la prenda de vestir que su padrastro le menciona.

—Sí—la palabra suena con una mezcla de cuerdas vocales agudas y graves, en su esfuerzo por mostrarse serio e imponente. Casi como la voz de Linda Blair en "El Exorcista".

—Como tu mamá ahora está más grande, más viejita, esa chaqueta no le está quedando bien. Entonces lo que traté de hacer es mandarla a arreglar para que le quepa de nuevo. Pero mientras sacaba la chaqueta ayer y la guardaba en la moto, se me manchó con la grasa de las uniones de la rueda de atrás y quedó sucia. Es imposible poder arreglarla. Me la llevé hoy en la mañana y cuando vi lo que pasó, me vine antes de que llegaran ustedes para tratar de limpiarla con el desengrasante de la cocina —el padrastro apunta al lavamanos donde hay un envase naranja con tapa azul, el desengrasante—, y como vi que no funcionaba lo que quería hacer, fui a la pieza a sacar una de mis chaquetas antiguas para llevarla donde una persona que trabaja con cuero para que le haga una chaqueta nueva a tu mamá. Por eso estoy atrasado y quiero irme antes de que llegue; quiero que sea una sorpresa.

Manolo mira la bolsa de basura negra, el lavaplatos, en dirección de la pieza de su madre, recordando la maleta de ropa. Vuelve su mirada hacia el hombre frente a él, con los labios apretados por la concentración que se esfuerza en tener en ese momento. Tiene diez años, no quiere que lo pasen por tonto. Menos él, el hombre que le ha enseñado tantas cosas del mundo.

—¿Qué pensaste, Manolo? —insiste el padrastro— ¿Qué creíste que estaba haciendo?

El niño entrecierra más aun los ojos y las cejas, mete sus manos en los bolsillos de su pantalón y mira a su contertulio con la cara más amenazante posible.

—Creí que lo que decían mis amigos era verdad.

—¿Qué cosa?

—Que eres un asesino y que estabas ocultando las pruebas de un crimen. Que estabas apurado porque estás huyendo y que vas a dejar a mi mamá sola para poder salvarte. Y que en esa bolsa hay parte del cadáver de la persona que mataste. Dejaste la moto en la calle, llegaste a una hora extraña, estás apurado, la maleta abierta con ropa para guardar, tomaste la bolsa desde el patio esperando que nadie te viera. Todo eso.

Un nuevo silencio se clava en la entrada de la cocina de la casa de Manolito. El hombre calvo y afeitado, que ahora lleva puesta una chaqueta sobre la camiseta sin mangas, empieza a dibujar una sonrisa en su rostro. Sus ojos se llenan de lágrimas, ampliando su sonrisa, mostrando los dientes, levantándose del suelo y explotando en una gran carcajada. La risa se escucha fuerte haciendo eco en todas las piezas de la casa. En un principio Manolo se siente ridiculizado, pero después interpreta que la risa de su padrastro es de sincera sorpresa más que de burla hacia él. Se suma a la risa, haciendo un coro que se eleva desde sus pies hasta el techo, pasando por los latones de la cubierta y repitiéndose por el infinito de los cielos. La mano izquierda del hombre adulto se posa sobre el hombro derecho del niño de diez años, llegando ambos al pináculo de ese momento de complicidad entre padrastro e hijo. Manolito no recuerda un momento tan espontáneo y alegre con la persona que lo ha criado desde que era un niño mucho más pequeño, ingenuo e indefenso.

La risa se acaba. El hombre se queda doblado con la cabeza apuntando al suelo. Se endereza con un gesto serio en el rostro mientras el niño lo mira desde abajo. Otro silencio entre ambos. Estira su mano derecha dejando caer la bolsa de basura pesadamente en el suelo. Golpea secamente la baldosa de la entrada de la cocina, con un pequeño retumbar grave. El

niño mira con espanto unos largos cabellos que salen de la bolsa.

—Eres un niño muy observador e inteligente para tu edad, Manolo. Eso no es algo que uno encuentre en todos lados. Yo sabía que esto pasaría alguna vez, pero no creí que fuera tan pronto —apunta la bolsa en el suelo—. No te asustes que en la bolsa no hay nadie que tú conozcas. Tu mamá no puede saber porque así es más fácil de que no puedan incriminarla en nada. Tienes razón. Este es mi trabajo. Voy apurado a botar esta parte del cuerpo al mar. La ropa que saqué del closet es ropa que tengo reservada para estos casos, sin huellas ni marcas para que no reconozcan los cadáveres si es que dan con ellos. Ya boté el resto del cuerpo en otras partes entre ayer y hoy, solo falta la cabeza. Dijiste que ibas a ayudarme. Te quiero cobrar la palabra— el hombre se encucilla nuevamente frente al niño— ¿Me vas a ayudar?

Manolito, a diferencia de lo que él mismo cree que debería sentir en un momento así, mira decidido a los ojos de su padrastro, imitando como espejo la expresión de seriedad de hombre adulto de la casa.

—¿La gente a la que matas es mala?

—Por supuesto, pequeño demonio. Yo no soy un asesino. Soy un superhéroe.

—Los superhéroes no matan a la gente.

—Eso es en las películas. Esto es la vida real, monstruito.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—¿Me vas a ayudar, sí o no?

El niño observa los ojos de su padrastro. Se apodera de él una confianza infinita. Asiente con la cabeza, en silencio. El hombre se levanta, toma la bolsa y camina hacia la puerta de salida. Se detiene antes de abrir.

—Necesito que cierres la maleta y la dejes debajo de la cama de la pieza de tu mamá. Yo volveré a la noche. Dile a tu mamá que nos encontramos y que está todo bien. Que yo digo que está todo bien ¿Sí?

—Sí. Está bien. — Manolo asiente mirando al suelo, mientras en su cabeza pasan miles de ideas y en su corazón bullen millones de emociones. Tan pequeño, conoce una de las caras secretas del mundo. Quiere confiar en el adulto que camina hacia la puerta de salida, pero faltan muchas conversaciones para eso.

—Demonio —dice el padrastro, haciendo que el niño mire hacia él. Manolo lo hace y abre la boca, impresionado por contemplar la cara y la cabeza

del hombre brillando con una especie de flama que surge desde sus hombros, llegando con su ondeo al techo del living. Los ojos de la figura brillan como dos pequeños soles, percibiendo una sonrisa larga y deformada en las comisuras donde debiera estar la boca. La voz se oye con un eco lúgubre de tonos graves—. Eres un pequeño demonio, Manuel. Igual que yo.

El hombre abre la puerta, saliendo con una imagen normal a la vista de la gente de la calle. Manolito siente que el corazón le va a explotar. Emocionado, corre al baño para mirarse en el espejo arriba del lavamanos.

Todo lo que ve, es su propio rostro con los dos soles brillantes de emoción contenida.